



IDENTIDAD Y GÉNERO

El rechazo y la exclusión de un repertorio imaginario femenino ciertamente pone a la mujer en la posición de experimentarse a sí misma sólo de manera fragmentaria en los márgenes poco estructurados de una ideología dominante como desperdicio, como exceso, como aquello que queda de un espejo investido por el sujeto (masculino) para reflejarse a sí mismo

Luce Irigaray

Reflexionar sobre el tema de la identidad es un problema complejo, que se vuelve imposible cuando se entrecruza la condición de ser mujer, lo que le imprime un carácter objetual más que subjetivo. Esa coseidad de la identidad femenina ha sido elaborada y reelaborada por los distintos sistemas culturales y de pensamiento a lo largo de la Historia, siempre por boca del sujeto (varón), mientras las mujeres permanecían silenciadas.

Intentaré rastrear lo que pudiera ser una aproximación a los hitos de la elaboración cultural-masculina del imaginario "mujer", toda vez que no existe la construcción de ese imaginario en femenino. La identidad femenina carece de genealogía y de historia.

En los albores del pensamiento occidental, en la Filosofía Griega, se crea la imagen de una mujer desalmada, sin alma, todo instinto animal y pasión desbocada. La ligazón biológica entre Naturaleza y Mujer es la que permite a Aristóteles asociar a la mujer con el cuerpo y al hombre con el alma. La mujer, en el proceso de reproducción, comparada con la madera y la cera, proveía la materia del embrión mientras el hombre, al igual que un carpintero, le infundía a la materia forma y movimiento. Esta asociación de la mujer a la materia la igualaba a lo animal e inferior mientras la función del hombre denotaba la labor espiritual, noble e infinitamente superior de impartir vida. En su "De generatione animalium", Aristóteles muestra a la mujer como una versión incompleta e imperfecta del hombre. Como comenta Lucía Guerra: "en el sistema aristotélico de dualidades, lo masculino femenino no sólo se equipara a la forma versus la materia y lo activo en contraposición a lo pasivo, sino

que también se inserta en las categorías de lo completo / incompleto y lo perfecto / imperfecto" (Cf., "La mujer fragmentada: historia de un signo", Casa de las Américas, La Habana, 1994-).

Así pues, el hombre representa el principio activo y creador de cultura, debido a su carácter racional, mientras que la mujer, el esclavo y el animal, representan la pasividad y el instinto, siendo por naturaleza inferiores.

La filosofía medieval escolástica, muy influenciada por Aristóteles, demoniza a la mujer, creando una imagen de lo femenino ligada al mal, "por una mujer entró el mal en el mundo", ella simboliza el peligro, la tentación, el pecado. Mientras el hombre se compara con el sol como principio vivificador y luminoso, la mujer se relaciona con la noche, con la luna, que es un astro frío y sin vida, con la oscuridad y el misterio. La mujer representa lo siniestro. Una fuerza oscura que hay que controlar. El sistema de control que inventa el pensamiento cristiano medieval es la redención de la mujer, ligada a la represión de los instintos, especial mente del sexual, y a la maternidad. La conversión de Eva en María. Con lo que queda acuñado el modelo esquizofrénico de la mujer ideal: virgen y madre.

Se establecen de este modo dos modelos de mujer: la mujer buena, ligada al cuidado del esposo, "descanso del guerrero", y a la maternidad, que agota sus días entre la cocina y la alcoba, cuyas señas de identidad eran: abnegación, negación de sí misma, ternura, comprensión, dulzura, sumisión, y cuyo lugar natural es la casa. Y la mujer mala, que no acepta ese rol de esposa y madre y que puede ser calificada de bruja o de prostituta que se deja arrastrar por instinto natural de perversión, a la que la sociedad niega un lugar específico. Está expuesta a la marginación, la persecución y en algunos casos, a la muerte.



A partir del Renacimiento se forma una nueva imagen de la naturaleza femenina. Ahora se considera a la mujer como naturalmente casta, privada de grandes pasiones, la espiritualidad y la sensibilidad son sus atributos. Se constituye en musa de los artistas que inmortalizarán su imagen como el "eterno femenino", sutil y etéreo, casi carente de cuerpo material. Se trata de un ser delicado, frágil, que debe ser protegido y guiado, y que a cambio debe lealtad, obediencia y sumisión a su protector. Por el contrario se define al hombre como naturalmente pasional y fuerte, con capacidad para proteger y guiar a la mujer. En este nuevo reparto de atributos naturales, la mujer representa el activo en contraposición a lo pasivo, sino que también se inserta en las categoría de lo completo / incompleto y lo perfecto / imperfecto" (Cf., "La mujer fragmentada: historia de un signo", Casa de las Américas, La Habana, 1994~).

Así pues, el hombre representa el principio activo y creador de cultura, debido a su carácter racional, mientras que la mujer, el esclavo y el animal, representan la pasividad y el instinto, siendo por naturaleza inferiores.

La filosofía medieval escolástica, muy influenciada por Aristóteles, demoniza a la mujer, creando una imagen de lo femenino ligada al mal, "por una mujer entró el mal en el mundo", ella simboliza el peligro, la tentación, el pecado. Mientras el hombre se compara con el sol como principio vivificador y luminoso, la mujer se relaciona con la noche, con la luna, que es un astro frío y sin vida, con la oscuridad y el misterio. La mujer representa lo siniestro. Una fuerza oscura que hay que controlar. El sistema de control que inventa el pensamiento cristiano medieval es la redención de la mujer, ligada a la represión de los instintos, especialmente del sexual, y a la maternidad. La conversión de Eva en María. Con lo que queda acuñado el modelo esquizofrénico de la mujer ideal: virgen y madre.

Se establecen de este modo dos modelos de mujer: la mujer buena, ligada al cuidado del esposo, "descanso del guerrero", y a la maternidad, que agota sus días entre la cocina y la alcoba, cuyas señas de identidad eran: abnegación, negación de sí misma, ternura, comprensión, dulzura, sumisión, y cuyo lugar natural es la casa. Y la mujer mala, que no acepta ese rol de esposa y madre y que puede ser calificada de bruja o de prostituta que se deja arrastrar por instinto natural de perversión, a la que la socie-

dad niega un lugar específico. Está expuesta a la marginación, la persecución y en algunos casos, a la muerte.

A partir del Renacimiento se forma una nueva imagen de la naturaleza femenina. Ahora se considera a la mujer como naturalmente casta, privada de grandes pasiones, la espiritualidad y la sensibilidad son sus atributos. Se constituye en musa de los artistas que inmortalizarán su imagen como el "eterno femenino", sutil y etéreo, casi carente de cuerpo material. Se trata de un ser delicado, frágil, que debe ser protegido y guiado, y que a cambio debe lealtad, obediencia y sumisión a su protector. Por el contrario se define al hombre como naturalmente pasional y fuerte, con capacidad para proteger y guiar a la mujer. En este nuevo reparto de atributos naturales, la mujer representa el sentimiento, la espiritualidad y la reproducción, y el hombre la inteligencia, la acción y el poder.

En la Ilustración se ratifica la imagen de la mujer esposa y madre. Se subraya con más fuerza que nunca la alianza inseparable de la Mujer a la Naturaleza y el Hombre a la Cultura. De nuevo se establecen pares de atributos que sirven de recopilación y consolidación de las tradiciones anteriores: Naturaleza / Cultura; Activo / Pasivo; Diestro / Siniestro; Bueno / Malo; Superior / Inferior; Razón / Sentimiento; Luz / Oscuridad. Refiriéndose el primer término de la dualidad a lo masculino y el segundo a lo femenino. Las luces de la Razón no llegan a iluminar el espacio oscuro y privado de lo doméstico.

En el proyecto ilustrado de creación del sujeto moderno, de creación de las bases de defensa de los derechos humanos, así como de construcción de la Democracia, no se tuvo en cuenta a las mujeres.

El siglo XIX va a ser escenario de diversos movimientos teóricos y culturales que repercutirán en la evolución de la construcción masculina de la identidad femenina. Por un lado, el movimiento romántico hereda la visión roussoniana de la mujer como "ángel del hogar", la mujer que reina por amor en el corazón de su marido. La mujer se sitúa como símbolo de intuición, virtud, buen gusto, delicadeza, etc. El romanticismo consolida la imagen de la mujer que vive para el sentimiento, la vida sólo tiene sentido para la mujer si un hombre la ama llevándola al paroxismo. El amor es entendido como una pasión total que anula todo otro deseo y toda posibilidad de ser feliz sin poseerlo, de tal manera que la vocación y la profesión propias de la mujer era el amor.



La literatura de la época está plagada de estos modelos: la Dama de las Camelias, de Dumas; Lady Chatterly, de Lawrence; Margarita del Fausto, de Goethe; entre otros.

La filosofía romántica, por su parte, es esencialmente misógina, presenta algunos arquetipos de feminidad en: la mujer fatal, de Lessing, la exótica oriental del harén, de Schopenhauer, la princesa de Kierkegaard. Todas estas visiones de "lo femenino" representan la Otrredad con respecto a lo humano, representan la idea de la mujer como simulacro o como astucia, en la versión de Schopenhauer. Dado que la mujer no es semejante al varón sino que tiene sólo la apariencia de semejanza, "cualquier reivindicación de igualdad oscilará entre la impostura y el ridículo" (Cf., Celia Amorós, 'Feminismo, Ilustración y misoginia romántica', en "Filosofía y género. Identidades femenina", Pamiela, Barcelona, 1992).

Al mismo tiempo encontramos las teorías científicas que intentan demostrar objetivamente que la mujer es un ser inferior al hombre. Estas teorías se apoyan en estudios biológicos de su constitución orgánica. Comte, en el "Curso de filosofía positiva", afirma que un análisis biológico demuestra fehacientemente que la mujer permanece en un estado infantil perpetuo y que posee una preponderancia de sus facultades afectivas. En este mismo sentido Charles Darwin dice que la mujer se asemeja a las razas inferiores por poseer mayor poder de intuición y una percepción más rápida, así como un cerebro más pequeño que la sitúa entre el niño y el hombre. Spencer abundarán en esta opinión añadiendo que por este factor la mujer no posee el poder abstracto de la razón. Así pues, "ciencia y filosofía coincidirán en afirmar que el sometimiento de la mujer a su función sexual le impide alcanzar el mismo grado de responsabilidad que el varón" (Cf., Alicia H. Puleo, "Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea", Cátedra, Madrid, 1992).

También Freud contribuirá la idea de la mujer como "segundo sexo", entendiéndola como un ente enfermizo y biológicamente inferior al hombre, en su teoría de la histeria y el complejo de castración. Mientras que el hombre por la posesión del pene es un sujeto activo y con capacidad para intervenir sobre el entorno, la mujer, en su posición de castrada, es un objeto, está condenada a la pasividad y la

impotencia, lo que genera en ella envidia del pene. "Ella es el signo viviente de la cabeza decapitada de Medusa" (Cf., Lucía Guerra, op.cit., p. 79).

En el siglo XX se produce un fenómeno histórico de gran importancia, como es la aparición del Movimiento Feminista, que intenta construir una identidad femenina, iniciando investigaciones sobre el origen de la opresión y marginación de las mujeres, iniciando luchas activas para conseguir la igualdad de derechos entre los dos sexos, extendiendo la idea de que las mujeres no deben quedar relegadas al espacio privado de lo doméstico y reivindicando su inclusión en los campos de la economía, la política, la ciencia, la filosofía, etc.

En el terreno legal, en la cultura occidental, hay que reconocer que se ha avanzado bastante. Se reconoce la igualdad de derechos ante la Ley, se consiguen leyes que favorecen la emancipación de la mujer, como la Ley que reconoce el derecho al trabajo y a la igualdad de salario, la del divorcio, etc.

Pero en el terreno de los valores, de las creencias, de los deseos, eso que podríamos llamar el inconsciente colectivo, no se ha modificado casi en nada. Los valores dominantes de nuestro tiempo siguen siendo patriarcales. El imaginario "mujer" es elaborado, aún hoy, de forma preponderante, por la cultura masculina. No obstante hay una novedad importante: las mujeres hemos empezado a pensar en femenino, hemos tomado la palabra. Tenemos muy claro lo que no somos, sabemos lo que no queremos ser. Estamos en el momento de destrucción de los valores patriarcales y machistas. Pero todavía no sabemos bien quién queremos ser. La identidad femenina (si ha de existir) está por construir.

DOSSIER
FILOSOFÍA